

Manuel de Irujo, Ex Ministro Español, Señala el Hermoso Destino de América

—QUE bien se está aquí! En esta ciudad se siente uno como en su casa. A través del amplio ventanal, el sol filtra su tímido, bien que reconfortante anuncio de primavera. El señor Manuel de Irujo, ex ministro de Estado de la República Española y vigorosa personalidad del País Vasco, nos tiende cordialmente su mano, mientras espejea una sonrisa en sus ojos verdiazules, de limpia, clara y franca mirada vascuence.

El señor de Irujo, ministro bajo la presidencia de Largo Caballero y Negrín, y más tarde del gobierno republicano en el destierro, encabezado por Giral, visita por primera vez Buenos Aires, después de recorrer —es hombre de la España peregrina— buena parte del mundo. Lo ha traído el impulso de visitar a su anciana madre —ochenta y dos años gallardamente llevados—, a sus hermanas y hermanos. La marea del destierro los trajo a nuestras playas y se han aclimatado a este ambiente de paz, florecido en una nueva alegría de vivir, al cabo de soportar, incluso la anciana señora madre, el rigor de la prisión.

◆ Euzkadi y la República

El ex ministro de Justicia de la República Española es un espíritu amplio, comprensivo, liberal. Su fisonomía refleja nobleza e inteligencia. En su conversación, fluida, amena, impregnada de sinceridad, trasciende su vasta cultura, su profunda percepción de lo humano, su bonhomía, su cordialidad, su reciedumbre, todo eso que se amalgama en el alma de Euzkadi. Católico y vasco, apoyó a la República Española, por las razones que él explica con meridiana claridad:

—En la época de la monarquía me encarcelaron, acusado de ser separatista. En la época de la República, por ser separatista, me llevaron al gobierno. La monarquía era el monólogo. La República fué el diálogo. Respetadas las autonomías y los fueros, consagrado el derecho a elegir sus gobernantes y a darse sus leyes, el país vasco y Cataluña, que habían sido las fuerzas centrifugas de la república, se convirtieron en las fuerzas centripetas. España se transformaba así en un verdadero "commonwealth" en el cual la unidad esencial quedaba establecida por la custodia de los intereses comunes, dentro de la confianza recíproca y el respeto a la ley.

El señor de Irujo vuelve a hablarnos largamente de la Argentina. Con trazos breves y ciertos nos describe la personalidad de cada uno de los muchos países que conoce, y luego, mirando un trozo de la ciudad a través de la ventana, agrega:

—Esta ciudad, sin desmedro de su personalísima condición argentina, tiene mucho de europeo. La encuentro parecida a París y, más aún, a Madrid.

◆ Lo que no pudo ser

Y luego al avizorar con la imaginación un dilatado panorama de pampas, sierras, valles y montañas, y al pensar en la vida intensa y fructífera de los grandes centros fabriles tiene un recuerdo penoso y emocionado para los que cayeron en el suelo lacerado de su patria.

—Esa poderosa corriente vital de un millón de hombres en la flor de su juventud, ¡cuánto podía haber contribuido, en realizaciones fecundas, en esfuerzo, en trabajo, al ritmo pujante de este país generoso y ubérrimo! Y, sin embargo, ese millón de jóvenes se está pudriendo bajo tierra. Es una amargura que nunca podré quitar, me de encima, ¡Cuatro tiros y a enterrarlo! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

La noble cabeza se agita en la desesperación de lo irremediable, pero la fortaleza vasca, nutrida siempre en el optimismo del mañana y en la perenne confianza en las propias fuerzas, impone su inalterable vigor.

◆ El viaje frustrado

—Es cierto —preguntamos— que a los españoles que quieren venir a América les cierran la salida con innumerables inconvenientes burocráticos y aún con "palos", al que insiste?

—No sé lo que ocurrirá en otros lugares de España —responde—, pero en un pueblo de la montaña de Navarra, cuyo nombre reservo por razones obvias, uno de los vecinos recibió una carta de un pariente radicado en México. "¿Por qué no os venís —decía la carta— y de

jáis de vivir entre piedras." Pues bien, el pueblo es muy pequeño —apenas siete casas— y el destinatario de la carta la puso en conocimiento de los demás jóvenes del lugar. Todos ellos, entusiasmados, hicieron los planes para el viaje, pero en el interin llegó una denuncia a las autoridades. La denuncia —para mal de nuestros pecados— la formuló el cura del pueblo. En fin, sobrevinieron presiones, amenazas, investigaciones —todo ello con gran alarma de los damnificados—, y el viaje quedó en agua de borrajas.

Por asociación de ideas, el señor de Irujo, recuerda la serie de episodios de que fué protagonista uno de sus compatriotas, a quien, casualmente, encontró en Buenos Aires en estos días.

◆ Las peripecias de un "liberado"

—Este hombre estaba condenado a catorce años de cárcel. Cumplió siete y se le puso en libertad condicional. Esto es corriente allá; sobre la cabeza del liberado pende la espada de Damocles de una nueva condena, aplicada con cualquier pretexto. Ahora bien, el hombre decidió trasladarse a otro pueblo, para instalar un pequeño negocio. Llegó una denuncia anónima y le aplicaron una fuerte multa. El fraile del lugar, con el que sólo tenía relaciones superficiales, enterado del hecho, dinero para que pagara la multa y le aconsejó que se marchara a un pueblo vecino. Naturalmente, conozco como la palma de la mano todos esos pueblos, pero comprenderán que también debo reservar sus nombres. En ese pueblo residía un guardia civil andaluz cuya mujer enfermó repentinamente de apendicitis. Era necesario operarla de urgencia y el protagonista de estos hechos la trasladó en su pequeña camioneta.

◆ "No queda tiempo pa ná"

Añade nuestro entrevistado que varios días más tarde, el guardia civil andaluz llegó sigilosamente hasta la casa del hombre que lo había ayudado en un trance difícil y le urgió a que se marchara enseguida, porque iban a prenderlo. "Tómese usted el autobús — le dijo — y váyase ya, que no queda tiempo pa ná".

—Así lo hizo — prosigue don Manuel de Irujo —, pero aún no habían concluido sus tribulaciones. No llevaba consigo documentos y poco cuesta imaginar su alarma cuando un sargento y dos guardias civiles subieron para requerir las credenciales de los pasajeros.

Resolvió entonces aproximarse al conductor del autobús, para decirle por lo bajo: "No tengo documentos". El chófer advirtió inmediatamente la situación y se las amañó para hacerlo pasar por un primo recién llegado de otro pueblo. A todos los viajeros les pidieron la documentación, menos a él. Cuando se marcharon los guardias civiles el conductor le advirtió que en el pueblo inmediato funcionaba un gabinete antropométrico, donde sería, inevitablemente, fichado. Le explicó, pues, el modo de eludir el peligro y de llegar a un caserío, donde podría pernoctar. Pidióle albergue al dueño y éste, vasco también, se lo concedió en seguida. Al amanecer se allegó hasta su habitación y la susurró: "Para ir a la feria es demasiado temprano, pero para lo que usted ha venido, ésta es la hora adecuada. Tome ese camino, doble a la derecha y despacito, despacito, verá usted cómo no tardará en encontrarse en Francia".

◆ Y eran cuatro desconocidos

El señor de Irujo concluye así el relato:

—Ya lo ven ustedes. El hombre apenas sabe quién es el fraile que le dió el dinero. Tuvo sólo una relación circunstancial con el guardia civil andaluz que le dió la voz de alarma. No conocía al conductor del autobús que lo ayudó y era la primera vez que veía al dueño



AMIGO DE LA ARGENTINA — Don Manuel de Irujo, ex ministro de Estado de la República Española, que es nuestro huésped, hizo interesantísimas declaraciones para CRÍTICA.

del caserío que le enseñó el camino para huir a Francia. Sin embargo, como urgidos por un mismo impulso misterioso, los cuatro lo protegieron. Nada mejor que esto para percibir lo que está ocurriendo en España en este momento.

◆ Las dos soluciones

Al cabo de una breve pausa, agrega:

—Para terminar esta situación no se puede pensar más que en dos caminos: la solidaridad internacional y la presión exterior o la lucha interior. Somos partidarios de las soluciones pacíficas e incruentas. Preferimos el primer camino. No queremos arrimar el fuego a la mecha. Se dispara un tiro, comienza el cisco y nadie sabe en qué puede concluir. Recuerden aquella copla dedicada por Francisco de Quevedo a una monja bella, pero de nariz descomunal: "Tu nariz, hermana Clara, te nace desde la frente; nadie sabe dónde acaba". No, no deseamos una guerra civil, que no sabemos dónde ni cómo va a terminar. Anhelamos una solución justa, que nos permita vivir en España, dentro de la confianza mutua y el respeto a la ley. Esa solución tendrá que llegar desde afuera, pero si tarda en llegar, no nos quedará otro remedio que arrimar el fuego a la mecha.

◆ Euzkadi y el comunismo

En respuesta a una pregunta, don Manuel de Irujo, nos dice:

—En el país vasco apenas hay comunistas. Sólo hay comunistas donde hay desesperados y núcleos importantes de desheredados. El país vasco es una inmensa clase media, sin diferencias sociales notorias. El hijo del gerente y el hijo del portero juegan a la pelota en el mismo club. Ni siquiera ahora, en la situación actual, ha proliferado

del comunismo, porque no ha tenido tiempo de calar en el pueblo vasco.

Añade que, a su juicio, la predicación de una doctrina que reduce a un hombre a una biela choca con el genio de España, y que si se convocara a elecciones el comunismo obtendría menos representaciones parlamentarias que las quince logradas en 1936.

◆ La ley del péndulo

—Lo que creo — agrega —, es que la prolongación del régimen franquista favorece al comunismo. En este caso, el movimiento obedece a la ley del péndulo. Los sistemas de propaganda son similares y el péndulo oscila violentamente de derecha a izquierda. Franco sostiene que si es desplazado lo reemplazarían los comunistas.

Y estos afirman que son los únicos que pueden desalojar a Franco. Aunque parezca paradójico este choque favorece a ambos. Por un lado apuntala al franquismo y por el otro, como he dicho, la prolongación del franquismo estimula la propaganda comunista. El péndulo oscila de uno a otro extremo, y pasa rápidamente sobre todo lo que queda en el medio. Y en el medio está, nada menos que el pueblo español. Esta extraña situación ha creado una suerte de neblina, que dificulta la visión de aquellos que se confunden por no tomarse el trabajo de discurrir.

Don Manuel de Irujo es solicitado por numerosos llamados telefónicos. Hay mucha gente que le está aguardando y no podemos substraerle más tiempo. El hombre que mientras fué ministro de Justicia de la República Española no quiso firmar ninguna condena de muerte contra los enemigos políticos, por más enconados que fuesen, concluye al despedirse:

◆ El eje y el plano

—España fué el último de los países del mundo hispanoamericano que realizó su revolución liberadora. Los pueblos de América se liberaron del absolutismo en las gloriosas epopeyas del siglo pasado. España se liberó en 1931. Actualmente hay un eje en el mundo. El eje que va de Washington a Moscú. El eje es la guerra. Hace falta ahora un tercer punto para formar el plano. El plano es la paz. Ese tercer punto son los ciento ochenta millones de habitantes del mundo hispanoamericano. Cuando ellos logren el común denominador de su unidad a través del idioma, de la religión, del espíritu, de los valores culturales, de los comunes anhelos de bienestar y progreso, esa voz poderosa y vital, unida a la voz de la España redimida, ahogará los rumores de guerra y devolverá a los pueblos del mundo el sosiego perdido.